

MIRNA LA DESCONSIDERADA

Por *Dorotea Wyatt*

MIRNA y Trína retrocedieron para contemplar de lejos la mesita de muñecas que estaba bajo el arce del patio de Mirna. Los platos decorados con pimpollos de rosa y los brillantes tenedores, cuchillos y cucharitas colocados sobre el mantel verde le daban a la mesa una verdadera apariencia de fiesta.



La mamá de Trina había ido a la ciudad, y Trína debía quedarse con Mirna. La mamá de esta última les había dicho a las niñas que ellas podían almorzar debajo del árbol de arce.

-Es divertido almorzar aquí -comentó Mirna-. Me alegro de que hoy viniste, Trina.

-Y yo también -respondió Trína sonriendo. A mí me gustan las fiestas.

Las dos niñitas corrieron a la casa para buscar comida. La mamá de Mirna había preparado un plato de sandwiches muy vistosos. Tenía también una jarra de leche con gusto a fresa. Y había colocado nueces en un plato de cristal.

Mirna tomó el plato de nueces y se dirigió a la puerta.

-¡Oh, querida! -dijo la madre después de mirar en la nevera- Yo necesito comida de bebé para Ana María. Ella no tardará en despertarse. ¿Podrían tú y Trina esperar un poquito para la fiesta? Sólo me llevará unos minutos ir al negocio. Mejor que Uds. vengan conmigo. Guardaremos los sandwiches y la leche en la refrigeradora. Juanito puede quedarse con Ana María.

La madre salió entonces a llamar a Juanito, que tenía nueve años para avisarle que ella y las niñas irían hasta el mercado.

Cuando llegaron allí, la mamá compró varios frascos de alimento para bebé y una golosina para Juanito, para Trína y para Mirna. Luego regresaron a la casa. Mirna casi no podía esperar para salir de auto y correr a la mesa que estaba debajo del arce.

Trina la siguió de cerca y se sentó en una de las sillas, pero Mirna no se sentó. Arrugando el entrecejo se inclinó para mirar el tazón que había puesto en la mesa antes de irse.

-¡Quieres decir, pillo, que te robaste todas nuestras nueces! -vociferó muy disgustada Mirna, mirando a su hermano.

Juanito levantó la vista sorprendido.

-Tú... tú... robaste nuestras nueces -gritó Mirna-. ¡Te odio! -dijo golpeando el suelo con el pie.

-¿Qué es lo que yo hice? -preguntó Juanito dirigiéndose hacia la mesa.

-Tú sabes lo que hiciste. Te robaste nuestras nueces.

-Yo no las robé -afirmó Juanito. Pero Mirna no lo escuchó.

-¡Tú lo hiciste! ¡Tú lo hiciste! El plato está vacío.

La mamá acudió para ver qué era toda aquella bulla, y escuchó las palabras airadas de Mirna:

-Tú lo hiciste. Tú te llevaste todas nuestras nueces. ¡Eres malo!

-Yo no lo hice -se defendió Juanito mirando a la madre-. Yo no toqué las nueces.

-Mirna, entremos en la casa. Tú estás enojada -dijo la mamá-. Llevemos la mesita dentro de la casa. Creo que tenemos más nueces en el armario.

Parecía que también Trína estaba a punto de llorar. Trína la siguió a la casa. Juanito llevó cuidadosamente la mesita mientras la mamá llevaba el plato de sandwiches y la leche de vuelta a la cocina.

-Las niñas comieron su comida en silencio. Trína tenía los ojos llenos de lágrimas, y Mirna tenía fruncido el entrecejo. Juanito estaba sentado en el porche con la cabeza entre las manos. La mamá tenía algunas arruguitas en la frente. Mirna a menudo se enojaba y decía cosas injuriosas. Eso le preocupaba a la mamá.

De pronto Juanito levantó la vista hacia el árbol de Arce. Entonces entró en la casa y tomó unas nueces. Las puso en un plato, fue al patio y colocó el plato cerca del árbol. Apenas se había retirado de éste cuando algo semejante a una esponjosa flecha gris saltó del árbol, tomó una nuez y corrió de vuelta al árbol. Al instante había regresado por otra.

-¡Mamá! ¡Mírna! -llamó Juanito-. Vengan rápido.

Mírna, la mamá y Trína aparecieron en la puerta.

-Yo no saqué tus nueces, Mírna, pero sé quién lo hizo -sonrió Juanito y le hizo una guiñada a la mamá.

-Pero... pero... -comenzó a decir Mírna y se detuvo al ver a una esponjosa ardilla gris que bajó del arce y corrió hacia el plato que Juanito había puesto en el patio.

-¡Ahí está! -señaló Juanito.

-¡Miren eso! -dijo la mamá.

-Fue una ardilla. No fue Juanito -se rió Trina.

Mirna no dijo una sola palabra. Agachó la cabeza y refregó el pie contra el suelo.

-No fue Juanito -dijo suavemente la mamá.

-No, no fue Juanito. Fue una ardilla -se atrevió a decir Mirna en una voz muy baja-. Y... y... yo... yo... fui otra vez desconsiderada. ¿Me perdonas, Juanito? Siento que dije cosas tan duras. No quería herirte.

-Por supuesto, Mirna, te perdono -respondió generosamente Juanito.

Trína miró a Mirna y vio que su ceño había desaparecido.

-Yo sé lo que te ayudará, Mírna -susurró Trina-. Pídele a Jesús que te ayude.

-Yo lo haré -afirmó Mírna-. Le pediré a Jesús que me ayude a ser considerada en lugar de ser desconsiderada.

-¡Miren! -llamó Juanito-. Esa ardilla tiene las mejillas llenas de nueces.

-¡Oh! -exclamó la mamá-. En el arce hay un agujero y en ese agujero se metió la ardilla.

Está almacenando nueces para el invierno -dijo Trína.

Es una ardilla muy previsor. Está pensando en el alimento para sus pequeñuelos durante el invierno -afirmó Mirna.

-Tal vez tengas razón, querida -añadió la mama.

-De aquí en adelante seré más considerada -prometió la niña rodeando con su brazo a Juanito.